

# La revolución cultural de la década de 1960 en Micronesia\*

Francis X. Hezel, S. J.

Micronesian Seminar (MicSem)

## **Palabras clave:**

Micronesia, cambio social, organización social, familia, ingresos en efectivo.

## **Resumen:**

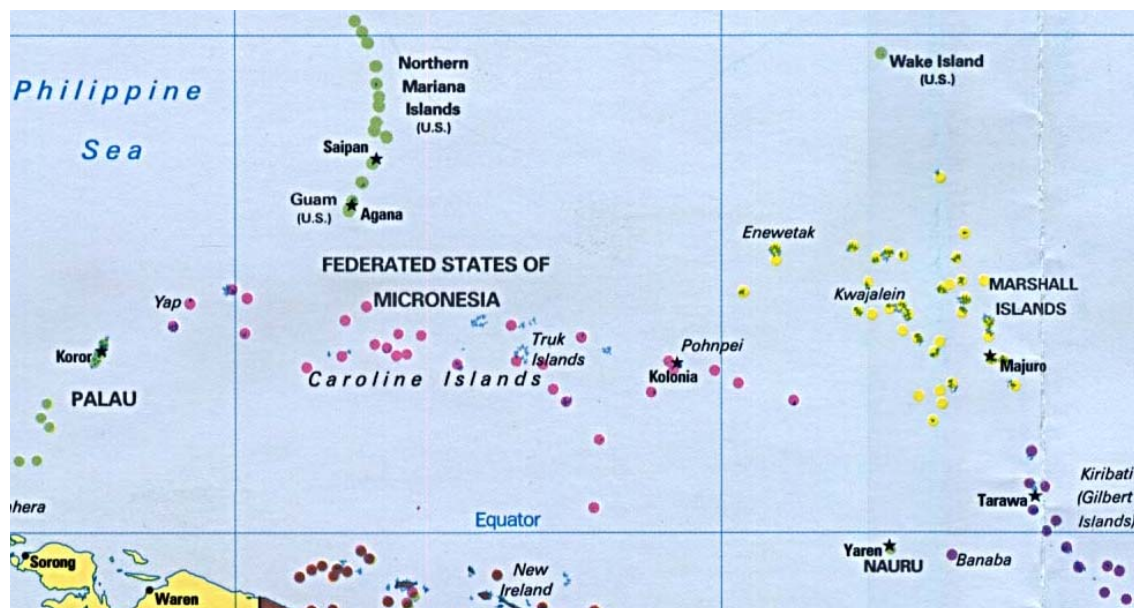
La islas de Micronesia sufrieron una revolución cultural que ha tenido un impacto dramático en la forma de vida, no sólo en los aspectos materiales, como alimentos y prendas de vestir, sino también en la base de la organización social de estas sociedades. En los últimos 40 años, el modelo de familia de Micronesia se ha transformado de los grandes grupos de familia extensa, que se basaban en el cultivo de la tierra, a la familia nuclear, que a menudo vive de la nómina del cabeza de familia. El artículo recoge el aumento de ingresos en efectivo en las islas durante más de un siglo, y muestra que sólo a partir de las décadas de 1960 y 1970, con la contratación de miles de nuevos empleados gubernamentales, los ingresos per cápita fueron lo suficientemente altos como para ofrecer a muchas personas una alternativa de subsistencia al margen del cultivo de la tierra. El resultado fue una reconfiguración de la familia en la que cada uno de los hogares goza de una autonomía que nunca antes había tenido. Muchos de los problemas sociales a los que se enfrenta hoy Micronesia, desde altas tasas de suicidio a la violencia doméstica, son resultado directo de esa revolución cultural.

## **Introducción**

El mundo occidental, sobre todo Europa y los Estados Unidos, no fue la única sociedad que experimentó convulsiones sociales durante la famosa revuelta juvenil de la década de 1960. Las islas del Pacífico bajo administración estadounidense, un área imprecisamente denominada Micronesia, estaban a las puertas de su propia amplia transformación. Los fundamentos

---

\* Traducción: Carlos del Olmo. Revisión: Aitzpea Leizaola e Imanol Iláraz.



Mapa 1. Micronesia (cortesía de las bibliotecas de la Universidad de Texas en Austin).

sociales más básicos de las sociedades de estas islas llegaron al punto de verse alterados en un modo que tendría un efecto indeleble en el modo de vida y de acarrear un cúmulo de problemas sociales que todavía atormentan a los isleños en la actualidad. En este artículo vamos a explorar las causas de esa convulsión y su impacto en la parte de Micronesia que comprende las naciones de los recientemente formados Estados Federados de Micronesia, la República de Palaos y la República de las Islas Marshall.

Micronesia, gobernada en ese tiempo por los Estados Unidos, comisionados por las Naciones Unidas, como Territorio Fiduciario de las Islas del Pacífico, incluía a las Islas Carolinas, a las Islas Marshall y las Islas Marianas (con la excepción de Guam). Estos archipiélagos, que se extienden sobre un área de aproximadamente cinco millones de kilómetros cuadrados, en 1960 estaban poblados solamente por un total de 75.000 personas.

Aunque las islas habían sido cristianizadas durante más de cien años y gobernadas por tres poderes coloniales antes de la Segunda Guerra Mundial, muchas de las instituciones culturales básicas habían permanecido intactas. La población de ciertas partes de Micronesia seguía vistiendo su tradicional taparrabos y el *lavalava*, aunque otras personas habían adoptado la vestimenta occidental. Algunas de las partes más modernizadas disfrutaban de las diversiones de una sociedad moderna, como las películas y las competiciones deportivas, y todas las islas disponían de algún tipo de escuela elemental. Así y todo, las sociedades isleñas micronesias compartían un cierto conservadurismo cultural, a pesar de las transformaciones que habían experimentado hasta entonces. El individualismo consustancial a las sociedades occidentales era incomprensible para la mayoría de los isleños, porque para esas personas su identidad estaba enraizada sobre

todo en su linaje, o familia extensa, y unida a la tierra de la que provenían. Su cultura, aunque alterada en los aspectos externos, permanecía en gran manera intacta.

## El meollo de la cultura insular

¿Qué es cultura? Depende de quién realice la pregunta y de la respuesta que se espere. Cuando se pide a los micronesios que expongan en público su cultura —en una presentación académica o al concluir una conferencia—, pueden sacar a relucir unas pocas danzas isleñas, entonar alguna antigua canción o describir canoas y sistemas de navegación que poseen un pedigrí de cuatro mil años. Pero esos aspectos no son las entrañas de la cultura, como muy bien saben. La mayoría de los micronesios actuales nunca han viajado en canoa, y las danzas y cánticos que interpretan pertenecen más al pasado que al presente. Pinchándoles un poco más, puede que hablen de grandes sistemas de jefatura y de heroicas batallas, asuntos que apelan tanto a la imaginación de los isleños como a la de los foráneos. Nos hemos acercado más, ¡pero no lo suficiente todavía!

Lleva a una pareja de isleños aparte, para una conversación privada, y vuelve a interrogarles sobre el asunto. Tarde o temprano mencionarán asuntos de este tenor: el respeto mostrado mutuamente entre hombres y mujeres, y entre jóvenes y adultos dentro del seno familiar; o saber quién es "tu gente" y evitar ofenderla; o la importancia de compartir dentro de la familia. Con todo eso, ya estamos más cerca del corazón de la cultura del Pacífico, esa compleja red de relaciones y obligaciones que define la vida cotidiana de la gente, los misteriosos mecanismos de lo que la gente denomina "familia", algo que

tiene muy poco valor como entretenimiento en las conferencias y presentaciones académicas, pero que se aproxima mucho más que cualquier otra cosa a la definición de lo que supone ser un isleño.

El fundamento de cualquier cultura insular de Micronesia es su sistema de organización social, y ese sistema se encuentra anclado a la familia. "Familia" es una palabra que posee múltiples significados en cualquier lugar de Micronesia: puede significar lo que los occidentales hoy día todavía entendemos por familia nuclear, un pequeño grupo hogareño compuesto por progenitores y descendencia; pero más a menudo significaba el linaje o la familia extensa, en muchas ocasiones compuesta por dos o tres hogares, que compartían comida y tareas. En el fondo, el término familia se refiere a la unidad social básica y a los roles sociales y relaciones de unos con otros, con todos los deberes y derechos que implican este tipo de relaciones. Las familias tenían que encontrar el alimento por sí mismas, por lo que los miembros de la familia se dividían las tareas rutinarias de conseguir alimento y de cocinarlo. Tenían que criar a su descendencia, transmitirles sus habilidades vitales, historia familiar y sabiduría del pasado. Tenían que ejercer la autoridad sobre sus propios miembros y mantener relaciones con otros en la comunidad más amplia, por lo que la familia precisaba de liderazgo. Como unidad económica básica, la familia tenía que adquirir y mantener el recurso base para la supervivencia, es decir, la tierra. Sin tierra no había esperanza de vida, y, por tanto, el uso de la tierra y su herencia eran supervisados estrechamente por la familia. De hecho, podríamos afirmar que el sistema familiar y el sistema de propiedad de la tierra estaban muy unidos, ajustados uno a otro estrechamente. La fórmula

básica en la sociedad tradicional insular era simple: sin tierra no había modo de vida, y sin familia no había manera de acceder a la tierra.

### **La diferencia estriba en los dólares**

Hay otras escalas de organización social en las islas, a escalas de poblado y a escalas de isla o de jefatura. Son estos ámbitos de organización social más elevados los que han atraído la atención de antropólogos y de otros científicos sociales, cuando menos porque resultan muy visibles y coloristas, aunque evidentemente influidos por las guerras locales y las incursiones coloniales. La historia de la ascensión de Koror, uno de los poblados del altamente competitivo archipiélago de Palaos, a lo más alto de la cima del prestigio de Palaos durante el siglo XIX, con la ayuda de las armas británicas, resulta un relato fascinante (Hezel, 1983: 66-74). También lo es la ruina y el exilio de la gente de Sokehs, una de las jefaturas de Pohnpei, como consecuencia de su alzamiento contra los alemanes en 1910, tras lo cual su señorío fue reasentado en refugios distribuidos por los atolones adyacentes (Hezel, 1995: 132-142). El impacto de ambos sucesos en la subsiguiente historia de sus respectivos archipiélagos bien pudo haber sido significativo, pero sus efectos sobre el sistema cultural básico encarnado en la familia fue mínimo. Los jefes y sus señoríos pueden surgir y desaparecer, los poblados pueden despoblarse o consolidarse en unidades mayores, los sistemas de nobleza pueden ser alterados o suprimidos conjuntamente, todo ello sin causar más que un estremecimiento en el funcionamiento del sistema familiar, cimientito social de la sociedad insular. Únicamente cuando el sistema familiar se ve amenazado,

se registran conmociones culturales y la gente barrunta que las cosas no van bien. Eso es, precisamente, lo que sucedió, no en un período de guerra de conquista extranjera interinsular, sino en tiempos de paz y al comienzo de una era de prosperidad incomparable.

Desde mediados de los sesenta, la familia micronesia se vio alterada en su escala más básica como nunca había sucedido con anterioridad. La revolución había sido enmascarada por el hecho de que algunas de las formas familiares hayan permanecido en gran medida como antes, y que los valores de compartir y cooperar respaldados por todas las sociedades micronesias se practiquen incluso en la actualidad. Aun y todo, bajo esa aparente continuidad subyacen profundos cambios que han alterado en gran manera la estructura básica de la familia en tiempos recientes. La razón es el impacto de la economía del dinero en efectivo en esa unidad social clave. La diferencia estriba en los dólares, al menos cuando se pueden conseguir en una cantidad tal que puedan modificar la economía tradicionalmente basada en la tierra. Para transformar el antiguo dicho: enseña a una persona a pescar y permanecerá cautiva del viejo sistema que le ofrece derechos de pesca; sin embargo, ofrécele la oportunidad de trabajar a cambio de unas monedas y la habrás liberado para siempre.

### **Impacto social en el siglo XIX**

El dinero —o, al menos, las cosas que el dinero puede adquirir— había tenido una larga historia en Micronesia. El primer comercio occidental intensivo comenzó en Palaos, en el extremo oeste de Micronesia, donde los buques mercantes que se afanaban en el comercio con China y la flota británica

comenzaron a visitar el archipiélago a finales del siglo XVIII (Rydell, 1952: 23-43; Hezel, 1983: 60-86). Hubo, por supuesto, cierto comercio, pero los artículos que más codiciaban los habitantes de Palaos eran la pólvora y las armas de fuego adquiridas a los británicos, y el poblado de Koror consiguió una mayor porción del comercio de armas merced a su situación geográfica y a su adecuado puerto. Esos bienes tempranos tal vez modificaran el equilibrio de poder entre los poblados de Palaos, pero tuvieron escaso efecto en el funcionamiento interno de la familia de Palaos.

Mediado el siglo XIX, durante el cenit de la era de la pesca de la ballena americana, algunas de las islas del este de Micronesia estuvieron expuestas a un contacto constante con Occidente por vez primera cuando los balleneros comenzaron a visitar en gran número aquellos lugares. El contacto no consistió en una simple media docena de navíos al año, como podría haber sido el caso a comienzos del siglo, sino en 40 o 50 naves al año, con una estancia de dos o tres semanas por cada una de ellas. Así ocurrió alrededor de 1850 en Pohnpei y Kosrae, dos de las más importantes escalas balleneras en el Pacífico norte. Sabemos que en Pohnpei, al menos, el comercio ballenero reforzó probablemente el poder de los dirigentes supremos, a la vista de que los jefes recolectaron de sus súbditos los víveres y pertrechos que vendían a los balleneros y a menudo redistribuían los bienes que recibían a cambio. Si bien los jefes no redistribuían esas mercancías, normalmente se llevaban la porción principal de ellos, por ejemplo, la paletilla del cerdo en un banquete (Hanlon, 1988: 59-60). En 1855, el valor anual de los bienes obtenidos en Pohnpei de los balleneros se estimaba en unos 8.000 dólares estadounidenses (alrededor de un

dólar per cápita en dólares de 1850), pero se materializaban en herramientas metálicas, vestidos y tabaco, los que en aquella época se considerarían probablemente artículos de lujo (Hezel, 1984a: 13-14). Otro tanto se puede afirmar sobre Kosrae también. Aunque ese hecho contribuyó a la riqueza del hogar, el impacto de ese comercio en las dinámicas internas de la familia típica de Pohnpei o de Kosrae fue mínimo. Si sirvió de algo, el comercio sólo fue útil para fortalecer la familia extensa que producía los alimentos locales que se vendían a los balleneros.

Al mismo tiempo, comenzaron a aparecer los misioneros, puesto que la Congregación Americana decidió la evangelización del este de Micronesia en 1852. Durante los 30 años posteriores, hubo misioneros protestantes a lo largo y ancho de aquella región, que urgían un cambio en el modo de vida conforme a lo que consideraban que eran los valores y la práctica cristianos. Introdujeron algunas pequeñas modificaciones en el estilo de vida del pueblo, pero fueron incapaces de imponer los verdaderos cambios que habrían llegado al meollo de la familia. Por ejemplo, aunque predicaron que en el matrimonio cristiano el hombre "debe dejar a su padre y a su madre y vendrá a ser una misma carne con su esposa", existen abundantes evidencias que sugieren que la mayoría de los bienintencionados conversos nunca se aplicaron plenamente en esa tarea. ¿Qué micronesio se habría prestado a abandonar a sus padres a sus propias fuerzas tras esposarse? Ni siquiera la arraigada costumbre isleña de dar a los niños en adopción se vio limitada por la doctrina cristiana.

Pero ocurrieron otros cambios en lugares como Pohnpei y Kosrae. La transición de la matrilocidad a la patrilocalidad en Pohnpei, por ejemplo, y el cambio en el sistema de

heredad de la tierra a un patrón padre-hijo (una transformación a menudo atribuida a los alemanes, pero que bien pudiera ser el resultado de una transición iniciada por los dirigentes isleños a lo largo del siglo XIX [Petersen, 1977: 118-125]). Al fin y al cabo, de todos modos, el grupo residencial, o "familia" continuó siendo la gran familia extensa, que retuvo su función tradicional de unidad económica, y la desempeñó en gran medida como siempre lo había hecho. Lo mismo se puede afirmar sobre Kosrae a finales del siglo, donde el agrupamiento en familia extensa era más la regla que la excepción. Si la figura de la familia en Kosrae se vio más profundamente afectada que la de Pohnpei, fue debido al rápido declive de la población, que transformó el modo de vida en el siglo XIX.

Los comerciantes y capitanes de navío consiguieron probablemente mucho con sus mercancías: pudieron haber colaborado en subvertir el orden político (como hicieron en Palaos al introducir las armas de fuego) y pudieron modernizar la cocina y el uso de herramientas de los habitantes (como en Pohnpei y Kosrae). Los misioneros pudieron haber ganado miles de nuevos conversos, introducir nuevos estilos de vestimenta, prohibir beber *kava* y fumar tabaco y reorientar las actividades de ocio de su gente los fines de semana. Pero ni los misioneros ni los capitanes mercantes pudieron alterar el funcionamiento de la familia con los sistemas de creencias que promovían o las mercaderías que vendían.

## Hacia una economía dineraria

Incluso antes del fin del siglo, habían entrado en juego nuevas fuerzas económicas. La moneda extranjera había sido aceptada en la

mayoría de los archipiélagos de Micronesia, y así reemplazado al tabaco como medio de cambio en ciertos lugares, incluso cuando el trueque siguió siendo el medio de transacción más normal. Aún más, se podían encontrar tiendas abastecidas con bienes extranjeros en cualquier lugar, gracias a la ubicuidad del mercado local de copra. La copra, la pulpa de coco seco, que se exportaba a América y a Europa porque su aceite se usaba para fabricar jabón, se convirtió en artículo de comercio valioso a partir de finales de 1860. Con la abundancia de cocoteros en las islas, las familias podían cosechar y secar copra cuando quisieran. Los isleños solían llevar su copra a un comerciante local, que la pagaba con artículos extranjeros que vendía en la pequeña tienda que gestionaba, y almacenaba la copra hasta que pudiera ser izada a bordo.

Durante los últimos años de la década de 1800, coincidiendo con el cenit de los comerciantes locales, la copra la producían las familias isleñas y era intercambiada por mercancías. A finales del siglo XIX, las Islas Marshall producían cinco millones de libras de copra. A un precio de venta de un penique por libra, se inyectaban al año 50.000 dólares en la economía local, o 4 dólares por habitante (Hezel, 1984a: 14-16, 47-51). Pero los artículos comprados con este crédito comercial eran otra vez, en gran parte, herramientas, ropa, tabaco y armas de fuego. Ciertos tipos de alimento occidental, tales como carne enlatada o galletas marineras, estaban a menudo disponibles, pero los ingresos medios no eran suficientes para permitir que la gente adquiriese parte significativa de su alimento de esa manera. Una ganancia inesperada de algunos dólares hecha mediante la venta de copra podía permitir a una familia organizar una fiesta con carne enlatada y galletas y otras exquisiteces en conserva, pero no se podía

hacer muy a menudo. Si no, quedaba el regreso a la tierra, y la familia extensa, para el sustento habitual.

Entonces, en 1914, Japón tomó posesión de las islas e inició la etapa a la que algunos denominan el "milagro económico" de Micronesia. La era japonesa, especialmente los años felices de mediados y final de la década de 1930, ofreció empleo a tiempo completo con salarios en efectivo a un número significativo de isleños por primera vez. El empleo, debe remarcar, era en gran parte de bajo nivel, como mensajeros, criados, porteros y peones. Los aproximadamente 1.500 puestos de trabajo sostenidos por isleños rindieron solamente unos 230.000 yenes por año, o una renta per cápita de 5 yenes. Las ganancias por las exportaciones de copra pudieron haber proporcionado otros 2,7 millones de yenes, pero en conjunto significó una renta per cápita total de solamente 55 yenes, o menos de 15 dólares de moneda de la posguerra (Purcell, 1967: 198; Hezel, 1989: 64). Una amplia gama de nuevos productos, que incluía ropa, calzado, bicicletas e instrumentos musicales, apareció en los estantes de los almacenes japoneses, y la gente pudo disfrutar ocasionalmente de un tazón de *udong* o *ramen*. Pero las ganancias no eran suficientes como para permitir que esta gente se mantuviera con sus sueldos. Incluso durante el cenit de la prosperidad japonesa, aun entonces, los isleños tuvieron que depender de su propia tierra para alimentarse con árbol del pan, *taro* y pescado.

La Segunda Guerra Mundial produjo una enorme ruptura en la forma de vida de los micronesios. Las islas, ocupadas por los japoneses, fueron fortificadas ante la contraofensiva de la armada de los Estados Unidos, que barrió la zona oeste durante los dos años finales de la guerra. Incluso aquellas islas

que nunca fueron invadidas por las fuerzas de los Estados Unidos vieron la llegada repentina de millares de tropas japonesas que requisaron la tierra y los recursos locales para su propio uso. La migración forzada era habitual, se formaron brigadas de trabajo, y las líneas marítimas exteriores que llegaban a las islas fueron bloqueadas por los submarinos de los Estados Unidos. Entre esas dificultades y los bombardeos regulares de los aviones aliados, se suspendieron las convenciones sociales normales y la vida se redujo a una simple lucha por la supervivencia.

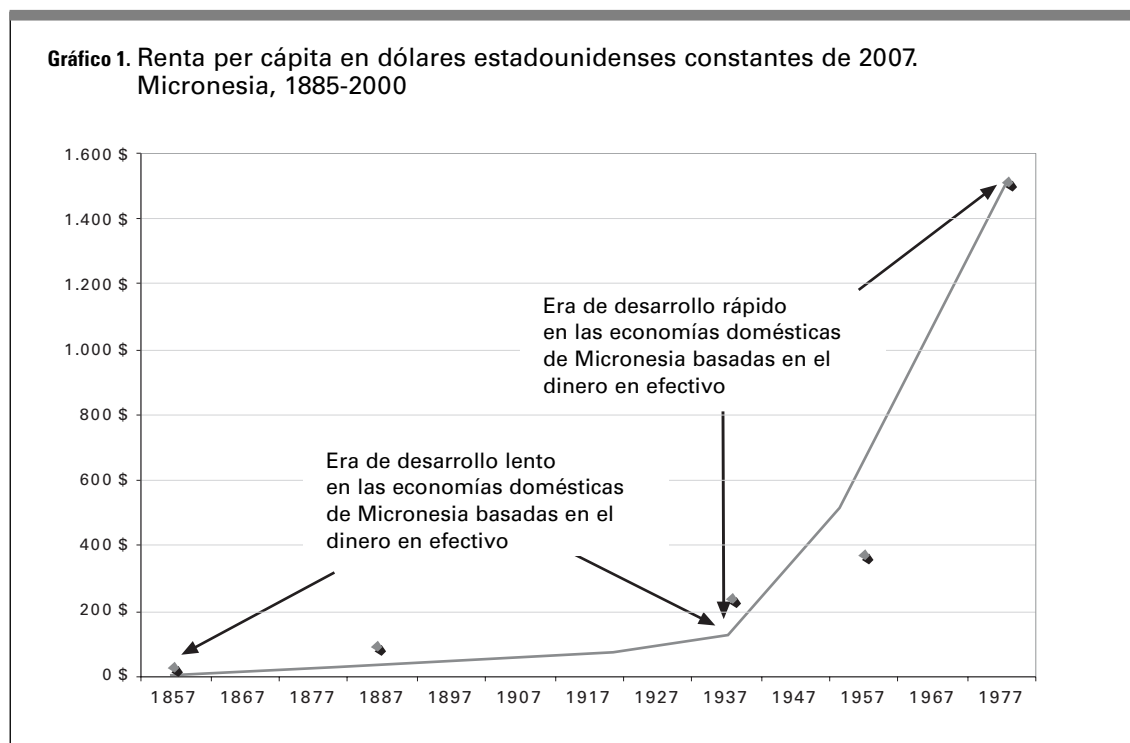
Tras la guerra, las islas se pusieron bajo administración estadounidense como territorio fiduciario de Naciones Unidas. De acuerdo con su política, la administración estadounidense hizo todo lo posible para retrasar el paso del desarrollo económico. Para 1957, doce años después de la ocupación por los Estados Unidos de las islas, empleaban a 3.000 micronesios (es decir, los residentes de lo que ahora son los Estados Federados de Micronesia, las Palaos y las Marshall) en empleos a tiempo completo. Los salarios más altos en esos días eran dos dólares por hora, pero la mayoría ganaba menos de 70 centavos por hora. Las ganancias anuales totales de cerca de 1,5 millones de dólares, añadidas al montante anual de las exportaciones por valor de 1,4 millones de dólares, rendían una renta monetaria total de 2,9 millones de dólares o 50 dólares de renta per cápita (Hezel, 1989: 64-65). Como en el pasado, la gente consiguió el habitual arsenal de artículos del hogar, herramientas y mercancías de lujo. Pero incluso en esos años en los que las mercancías eran relativamente baratas para nuestros estándares, ningún isleño podría haberse alimentado con la comida adquirida en las tiendas con solamente 15 centavos al día.

## El punto álgido

Fue solamente a finales de las décadas de 1960 y 1970, al ser deliberadamente acelerado el ritmo del desarrollo, cuando se alcanzó el punto álgido. Al cambiar la política de los Estados Unidos hacia el territorio fiduciario de manera radical durante la administración de Kennedy, a principios de los sesenta, la financiación de Washington fue aumentando año tras año. Los cargos gubernamentales en las islas se multiplicaron y miles de micronesios consiguieron un empleo público. Para 1977, 18.200 micronesios habían encontrado empleo a tiempo completo, un incremento de seis veces sobre las 3.000 personas que recibían regularmente sueldos apenas veinte años antes. Sus

ganancias totales alcanzaban un montante de 42,8 millones de dólares. La renta per cápita llegó a 412 dólares anuales (Hezel, 1989: 65-66).

El crecimiento de la renta entre 1937 y 1977 representó un radical viraje económico. La renta per cápita, medida en dólares estadounidenses constantes de 1950, había crecido desde los 15 dólares de 1937 hasta los 42 dólares de 1957 y los 114 dólares de 1977. Desde los días del auge del "milagro económico japonés" en las islas, los ingresos medios por micronesio –todo hombre, mujer y niño– se habían elevado astronómicamente, un 760% en 40 años. Por primera vez en la historia era posible que los trabajadores alimentasen a sus familias con sus propios ingresos en efectivo, sin recurrir a los



Fuente: Elaboración propia.



productos de la tierra. Gracias al aumento significativo del dinero en efectivo, se daban las condiciones adecuadas para la que sería una de las convulsiones más grandes en la historia de la isla.

Antes de ese tiempo era inimaginable que un isleño proveyera de sustento a su familia gracias a los frutos de su propio trabajo. Para mantener a los que dependían de él, un isleño habría tenido que confiar en la producción de la tierra y tener acceso a los recursos del mar. Esto significaba que su supervivencia dependía de la tierra, que era propiedad corporativa de todos, excepto en algunos casos, y del uso del trabajo, todo ello ligado íntimamente a su sistema de parentesco. Pero durante la revolución financiada por Estados Unidos en los años sesenta y en los setenta, los ingresos en efectivo de la persona que era el sostén económico de la familia alcanzaron un nuevo culmen; eran suficientes para comprar en tiendas los alimentos necesarios para los miembros de su hogar durante una parte significativa del año.

El reparto de recursos dentro del grupo de parentesco continuó, tal y como debe ser una sociedad insular, pero ahora el asalariado estaba en posición de tener una opinión sobre el grado en el que compartiría sus recursos. La distribución de bienes dentro de la familia podría ser renegociada, puesto que el individuo con ingresos en efectivo no dependía de su familia extensa para la subsistencia. Los derechos sobre la tierra continuaron otorgándose a través del grupo de parentesco –por lo menos por un tiempo, hasta que la propiedad individual del terreno se hizo más común–, pero el asalariado no necesitó más de la tierra y sus frutos para autoabastecerse. Por tanto, el asalariado a tiempo total podía declarar su independencia de la familia extensa.

Esta liberación de la familia extensa o linaje fue acrecentada por la distancia geográfica entre los hogares que compusieron una vez una sola unidad familiar extensa, dado que centenares de personas en búsqueda de trabajo se trasladaron a los centros de distrito. Aunque algunos de estos emigrantes llevaron consigo a los parientes además de sus esposas e hijos, no había ya que asumir que una persona tuviera que mantener contacto regular con los miembros de su propia familia extensa.

La independencia de la familia extensa no supone un rechazo a ella. El cabeza de familia no acomodó sin más a su esposa e hijos en el vehículo familiar y se alejó rumbo a un nuevo lugar para vivir. Él y la gente que compartía su casa no cerraron las puertas a sus parientes, ni se desentendieron de las funciones sociales asignadas por la familia extensa. Para aquellos que todavía residían en el terreno de la familia, la socialización continuó en gran medida como siempre, y el alimento fue compartido entre los hogares como antes; la vida dentro de la familia extensa fue vivida en gran medida como había sido siempre, por lo menos en todas sus manifestaciones externas.

Pero los aspectos externos enmascararon cambios más profundos que estaban ocurriendo en la estructura familiar. El cabeza de familia asumía la responsabilidad cada vez mayor de alimentar a los miembros de su propio hogar, aunque se suponía que continuaría enviando el alimento al resto de las personas de la familia extensa. Al mismo tiempo, la autoridad dentro de la familia extensa se alejaba del jefe del linaje hacia cada uno de los cabeza de familia. Con este cambio vino una mayor responsabilidad de ocuparse de la seguridad del hogar propio. El progenitor ya no podía contar con la

familia extensa para ayudarlo a criar a sus niños, aconsejarlos, corregirlos cuando se extraviaban o calmar los sentimientos heridos en tiempos de conflicto.

## **Resultados de la transformación familiar**

La modificación de la estructura familiar a su escala más básica revolucionó la estructura de la sociedad de una manera que no pudieron lograr ni la disolución de las jefaturas ni los cambios a escala de la aldea. Fragmentó la familia, en la medida en que los hogares comenzaron a autoabastecerse, incluso aunque mantuvieran la tradición de distribuir dentro de las redes de parentesco. Esta revolución dejó una familia más pequeña, más débil y privada de los recursos de los que una vez pudo depender para resolver muchos de los problemas a los que hacía frente. La red de la familia extensa continuó funcionando, por supuesto, pero sin la influencia que había ejercido sobre sus miembros. Después de todo, en las sociedades micronesias la regla inexorable pero no escrita es que la persona que proporciona el sustento también tiene el derecho a ejercer la autoridad.

Externamente, la forma de la familia podía parecerse bastante a la que tenía años antes. Las casas de parientes estrechamente vinculados estaban adyacentes una a otra en la misma parcela de tierra, con una casa de reunión e incluso una cocina cerca. Pero ese hecho encubría el cambio en la autoridad que estaba ocurriendo a medida que el cabeza de familia asumía cada vez un mayor control de los asuntos de su propio pequeño círculo familiar. Los abuelos, tíos y tías vivían a menudo muy cerca (aunque con el tiempo comenzaron a desperdigarse), pero no disfru-

taron por más tiempo del poder de intervenir en los asuntos domésticos que una vez tuvieron. Lo que en un tiempo los parientes de más edad hicieron como algo rutinario, proteger a sus parientes y al cabeza de familia de los conflictos, gradualmente se fue viendo como una intrusión. No se sintieron en adelante facultados para ejercer la autoridad sobre el grupo parental extenso.

Cuando ocurría un conflicto entre padre e hijo, el tío materno, que había sido una vez una figura de autoridad dominante en casi todas las culturas de la isla, no se sentía ya libre de aconsejar al hombre joven o de asesorar firmemente al padre (Hezel, 1987: 289-290). Los padres pudieron ser más renuentes a intervenir cuando su hijo casado comenzaba a pegar a su esposa o a maltratar a sus hijos. El resultado fue la pérdida de la protección contra el suicidio y el incesto y abuso doméstico, por mencionar algunos problemas. La denominada red social de seguridad para la juventud se quebró. Personas que habrían dependido antes de la protección de los parientes más ancianos se encontraron expuestas a los caprichos del cabeza de familia. La familia más pequeña, despojada, pudo haber ganado considerable independencia, pero era más vulnerable a los problemas contra los cuales había estado protegida por el grupo parental más amplio.

Al mismo tiempo, las relaciones de género cambiaban de posición, a medida que los patrones de arrendamiento y herencia de la tierra se alteraban. Las mujeres se colocaban en el mercado de trabajo, un área que habría sido dominio masculino en el pasado. Con la división de la familia, la tierra pasaba cada vez más de padre a hijo en lugar de a lo largo de las líneas tradicionales de linaje, y los conflictos por la tierra dentro del grupo de parentesco se convertí-

an en un suceso excesivamente frecuente (Hezel, 2001: 33-50).

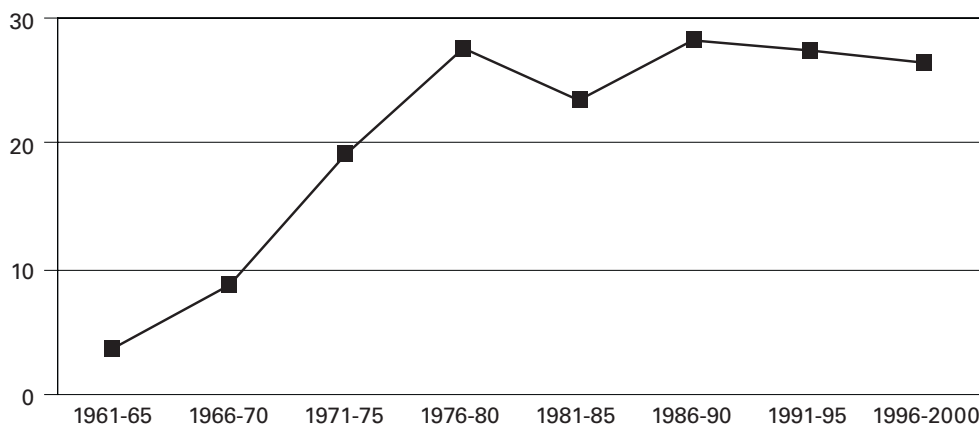
Cuando se sacuden los cimientos de la familia, estructura social fundacional de una sociedad, el edificio entero siente el impacto. El sistema de familia extensa perfilaba los papeles para sus miembros, organizaba el trabajo para cubrir las necesidades de la familia, proveía de recursos para alimentar a sus miembros, ofrecía líneas de autoridad claras para resolver los conflictos y protegía a los miembros de mutuos excesos. Cuando lo que una vez fue un sistema bien integrado comenzó a disolverse, los temblores se hicieron sentir en toda la cultura.

El ejemplo más claro es, probablemente, el suicidio, como he sugerido en una serie de artículos y presentaciones sobre la materia (Hezel, 1984b, 1987, 1989). El suicidio tal vez fuera un fenómeno antiguo en las

islas, pero las ratios aumentaron rápidamente durante los sesenta y los setenta hasta alcanzar las cotas que se siguen recogiendo en la actualidad, un índice de 25 por cada cien mil habitantes, cinco veces más que los anteriores a la revolución social de los años sesenta.

Por otra parte, los datos que hemos recogido sobre el suicidio durante un período de 40 años indican claramente que las tasas son ampliamente más bajas, incluso hoy día, en las islas periféricas, más tradicionales, que en las islas principales, más modernizadas. Pero ¿por qué no iba a incrementarse el suicidio si el tío materno se iba convirtiendo en una figura vaga, impotente, y cuando los parientes de mayor edad, que se habrían apresurado en épocas anteriores a curar las heridas del ofendido joven, iban perdiendo protagonismo?

**Gráfico 2.** Tasas de suicidio por cada 100.000 habitantes. Estados Federados de Micronesia, Palaos e Islas Marshall



Fuente: Elaboración propia.

O consideremos el problema de lo que denominamos violencia doméstica. Es inverosímil que un marido que viviera muy próximo a la familia extensa de su esposa, o aun a la suya propia, golpeará a su esposa o niños, cuando sus sollozos o gemidos habrían atraído a los parientes próximos. Después de todo, esos parientes habrían estado legitimados para participar en su familia. Niéguese a los parientes cualquier autoridad en nuestro hogar, de algún modo, con lo que se incrementa así la distancia social, y trasládese el hogar a la ciudad, añadiendo distancia geográfica también, y tendremos una dinámica muy distinta en marcha. Las fuerzas sociales que habrían actuado una vez para refrenar la exhibición de cólera del esposo ya no están presentes. No tenemos que invocar largos e intrincados argumentos para sugerir mayores tensiones en la familia que puedan explicar por qué la esposa o los niños muestran tan a menudo contusiones.

Podría extenderme enumerando otros problemas sociales a los que los micronesios hacen frente hoy, desde la negligencia con los niños al uso de drogas, las batallas familiares sobre la tierra o el incesto. Ninguno de esos problemas tiene su origen en la revolución social de los años sesenta y en la convulsión de la familia que la siguió. Proviene del flujo de pasiones humanas que ha amenazado siempre con anegar el cultivado terreno de las sociedades insulares. La diferencia entre el pasado y el presente es esta. El dique, bajo la forma de familia tradicional isleña, que ha protegido siempre a los isleños contra esta inundación está roto.

## Conclusión

Las personas empeñadas en una campaña frenética para preservar las características "tradicionales" de la cultura insular harían bien en repensar su posición. Las culturas isleñas han sido ya sustancialmente transformadas, merced a la revolución cultural inaugurada en la década de 1960. La transformación no consiste solamente en la pérdida de la navegación o construcción de canoas, ni en el cambio en la vestimenta, ni en el periclitarse de las viejas formas de danza. Es una transformación que alcanza más profundamente el corazón de la cultura que ninguno de esos artículos materiales, al concernir como lo hace a la familia isleña y a la manera en que esta funciona. ¿Qué podría estar más enraizado en la cultura que eso?

Los cambios en la familia no son, como tanta gente tiende a pensar, el resultado de demasiada televisión o de la aculturación traída por los forasteros o aun por los estudiantes universitarios micronesios de vuelta que han absorbido demasiado la influencia del país de acogida. Los cambios son más profundos que eso; son modificaciones estructurales que han acontecido como consecuencia de la monetarización de la economía. Con ello se quiere significar no la primera introducción de efectivo (que sucedió siglo y medio antes sin ninguna consecuencia desastrosa), sino la introducción gradual de la economía de efectivo hasta el punto de que el dinero podía satisfacer necesidades básicas del hogar por primera vez en la historia. Lo que la gente elija para alimentarse, comida tradicional o arroz, es de escasa importancia aquí; ambos tipos pueden ser adquiridos por un hogar hambriento. La clave es quién controla los recursos que alimentan al hogar. Cuando en las sociedades isleñas un número significati-

vo de personas comenzaron a vivir más de los cheques que de la tierra —en otras palabras, un recurso poseído por el cabeza de familia en lugar de algo controlado por la familia extensa—, las sociedades de la isla alcanzaron el punto sin retorno y la estructura de la familia resultó alterada.

La redefinición de la familia se denomina en ocasiones transición a la familia nuclear, pero ello está lejos de capturar su importancia. Sería mejor verlo como una reorganización del sistema social básico de la sociedad insular. Con la redefinición de la familia isleña, se perdieron las protecciones existentes en la familia tradicional más amplia, que

la antigua familia había diseñado para ofrecer a sus miembros, lo que causó un incremento de los problemas. Problemas que incluyen el suicidio, maltrato a la esposa, conflictos familiares sin resolver, fallos en la crianza de los descendientes, incluso incesto; en fin, la mayor parte de los asuntos que han estado en los puestos de cabeza de la agenda social de Micronesia durante las últimas dos o tres décadas. Los micronesios han hecho intentos por resolver algunos de los problemas sociales que proceden de la revolución de los años sesenta, pero todavía seguirán atareados con las consecuencias de esta convulsión durante muchos años.

## Bibliografía

- HANLON, David (1988) *Upon a Stone Altar: A History of the Island of Pohnpei to 1890*, Honolulu, University of Hawaii Press.
- HEZEL, Francis X. (1983) *The First Taint of Civilization: A History of the Caroline and Marshall Islands in Pre-colonial Days, 1521-1885*, Honolulu, University of Hawaii Press.
- (1984a) "A Brief Economic History of Micronesia", in H. SCHWALBENBERG; F. HEZEL (eds.) *Past Achievements and Future Possibilities*, Majuro, Micronesian Seminar, 11-62.
- (1984b) "Cultural Patterns in Trukese Suicide", *Ethnology*, 23 (3): 193-206.
- (1987) "Truk Suicide Epidemic and Social Change", *Human Organization*, 46 (4): 283-291.
- (1989) "Suicide and the Micronesian Family", *Contemporary Pacific*, 1 (1&2): 43-74.
- (1995) *Strangers in Their Own Land: A Century of Colonial Rule in the Caroline and Marshall Islands*, Honolulu, University of Hawaii Press.
- (2001) *The New Shape of Old Island Cultures: A Half Century of Social Change in Micronesia*, Honolulu, University of Hawaii Press.
- PETERSEN, Glenn (1977) *Ponapean Agriculture and Economy: Politics, Prestige and Problems of Commercialization in the Eastern Caroline Islands*, Tesis doctoral, Columbia University.
- PURCELL, David C. (1967) *Japanese Expansion in the South Pacific, 1890-1935*, Tesis doctoral, Columbia University.
- RYDELL, Raymond (1952) *Cape Horn to the Pacific: The Rise and Decline of an Ocean Highway*, Los Angeles, University of California Press.

**Hitz-gakoak:**

Mikronesia, gizarte aldaketa, gizarte antolamendua, familia, diru irabaziak.

**Laburpena:**

Mikronesia uharteak jasan zuen kultur iraultzak bizimoduan eragin dramatikoak izan du, alderdi materialak –elikagaiak, jantziak– ez ezik, hango gizartearen antolamenduaren oinarriak ere hartu zituelako barruan. Azken berrogei urteotan Mikronesiako ohiko familiaren itxura aldatu da lurgintzan oinarrituriko familia hedatuek eraturako talde handietatik sarritan etxeko jaunaren edo andrearen nominari esker bizi den familia nukleardun eredu batera. Artikuluak aipatzen duenez, mende oso batean irletan diru irabaziak gehituz joan dira, eta erakusten duenaren arabera, 1960.eko eta 1970.eko hamarkadetan, gobernuak milaka langile kontratatu izanari esker, lagun bakoitzeko sarrerak gehitu ziren lagun asko eta asko lurra landu gabe bizi ahal izateraino. Emaiza familiaren berreraketa izan zen; hala, etxe bakoitza lehenago inoiz ere izan gabeko autonomiaren jabe da. Egun Mikronesiak aurrez aurre dituen arazo sozial asko –suizidio tasa handietatik etxeko indarkeriarainokoak–, kultur iraultza haren zuzeneko emaitzak dira.

**Mots-clés :**

Micronésie ; changement social ; organisation sociale ; famille ; revenus en espèces.

**Résumé :**

Les îles de Micronésie ont connu une révolution culturelle qui a eu des conséquences dramatiques sur le mode de vie, non seulement au niveau des aspects matériels, comme les aliments et les vêtements, mais aussi au niveau de l'organisation sociale de ces sociétés. Au cours des 40 dernières années, le modèle familial de la Micronésie s'est transformé pour passer des grands groupes de familles nombreuses, qui se basaient sur la culture de la terre, à la famille nucléaire, vivant le plus souvent du salaire du chef de famille. L'article analyse l'évolution des revenus en espèces dans les îles pendant plus d'un siècle, et montre que c'est seulement à partir des années 1960 et 1970, avec la création de milliers de nouveaux emplois gouvernementaux, que les revenus par tête ont été suffisamment élevés pour permettre à beaucoup de personnes de trouver une alternative de subsistance en marge de la culture de la terre ; ce qui a donné lieu à une reconfiguration de la famille dans laquelle chaque foyer bénéficie d'une autonomie qu'il n'avait jamais connue auparavant. La plupart des problèmes sociaux auxquels s'affronte aujourd'hui la Micronésie, depuis les forts taux de suicide jusqu'à la violence domestique, sont les conséquences directes de cette révolution culturelle.